

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.  
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Nú-  
meros sueltos, 10 céntimos.—Atrásado, 25.—Co-  
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## LA UNION

«Si eso que se elabora, dice en *El Pueblo* de Valencia Castroviado refiriéndose a la Unión Republicana, no va a ser más que la actual fusión aumentada y ni siquiera corregida, con el refuerzo de las mermaidas huestes progresistas, vamos a quedar como estábamos.

Si, por el contrario, se da a la Fusión un programa, se unen a ella cuantos estén conformes y convencidos, se habrá hecho algo provechoso. Pero es preciso que en el nuevo partido desaparezcan nombres, historias, personalidades colectivas y petacas y demás chirimboles del republicanism.

Esos chirimboles, que también los tiene la república, tienen mucha parte en nuestra decadencia. Había, para salvarnos, que venderlos en el Rastro de Madrid, y aun sería mejor hacer con todos ellos una falla a la valenciana.

Y ahora voy a decir otra verdad, que siento sea un poco amarga. Si los señores de las concentraciones, ya sabemos que hay dos, se separaron de la fusión casi todos ellos y vuelven ahora a la fusión después de haber reunido Asambleas, convocado mitines, redactado manifiestos, abusado de la palabra concentración y traqueado algo irrespetuosamente el cadáver del gran Castelar, sin que en procedimientos ni en ideas introduzcan alguna novedad ¿a qué vuelven? ¿por qué se fueron?

Yo creo—y aquí está el amargor de la verdad y mi amargura al decirlo—que se fueron por vanidad y que vuelven por lo mismo. Más claro. Se marcharon porque no eran del Directorio ó de la Junta Central ó del Comité regional ó provincial; fundaron al irse un grupito del que se erigieron en jefes; lograron el reconocimiento de la beligerancia; hablaron luego de unión, de concentración, de fusión, de abrazos fraternales, de olvidos generosos y de la necesidad de *instaurar* la República, porque la patria (ya saben ustedes cómo hemos puesto todos a la pobre), y, claro, al consumarse la reconciliación, hay que reconocer grados y honores en el ejército rebelde.

¿Es esto? Pues si es así, eso es una porquería. Maldita la gracia tiene que después de haber arrinconado a Salmerón y Labra, vengan Sol y hasta puede que Ladevesse a entrar en un directorio ó junta magna.

Esto no es serio, ni contribuirá más que a patentizar la decadencia del republicanism.

Hace falta la unión, bueno; pero siempre que nazca de la identidad de ideas y propósitos. Que se unan todos los que piensan igual en cosas fundamentales y los que quieran lo mismo. ¿Qué así se formarían dos ó más partidos? Pues más valdría, siempre que se respetaran y se apoyaran en lo que les fuese común, que una patulea sin ideal, sin bandera, sin norte.

Hemos llegado a un estado tal, que no podemos resistir nuevas probaturas. El yelmo republicano va resultando ¡ay! bacía de barbero.»

## LOS JESUITAS

La imbecilidad y las pasiones humanas son el punto en que apoya la palanca de su astucia el jesuita, y no es captando herencias é introduciendo la discordia en las familias como teje la famosa tela de araña, sino adoptando el disfraz de los adversarios de aquello mismo que se propone combatir, de aquello que más odia, de lo que más le estorba.

El jesuita que sube al púlpito y despotrica contra la libertad, que va de misión por esos pueblos y provoca un conflicto por día, que organiza a luz meridiana congregaciones y círculos de luises y hace el comercio de las placas y del guano del Corazón de Jesús, que da órdenes en casa de la marquesa A y saca muy buenos cuartos a cambio de ser tolerante en exceso para ciertos pecadillos y debilidades... ése, ése es el jesuita que todos vemos, que todos conocemos, el *jesuita oficial* de cuyos ardid es fácil librarse y cuyo poder no es difícil destruir.

El terrible, el malo, el perverso, el peligroso, el de cuidado, es el otro, el que no lo parece, el que no conocemos, el que labora a nuestro lado sin que lo advirtamos, el que nos tiende redes invisibles, el que se disfraza de mandarín en China, se pone turbante en Turquía, y lo mismo viste la casaca cortesana que se cubre con la blusa del obrero; el que abraza a la libertad para clavarle el puñal por la espalda; aquel, en fin, cuya influencia se siente, pero no se ve, que

descarga el golpe, pero sin enseñar la mano.

Y ese jesuita existe, tiene asiento en el gobierno, invade los tribunales, llena nuestros centros docentes, no escasea en la milicia, abunda en la prensa, y, lo que es peor, en la prensa radical con vistas a la demagogia, ejerce cargos de elección popular y es acaso la polilla que corroee al partido republicano haciéndolo impotente para salvar la patria.

¡La patria! El la niega a nombre de las ideas más avanzadas, cuando le conviene, como niega otras cosas más santas a nombre de un falso radicalismo: el honor, la santidad de la familia, por ejemplo.

Perfecto conocedor del estado social en que vive y de las leyes de la evolución, procura retardar la marcha del progreso, no poniéndose frente a frente de los que por el progreso combaten, sino colocándose en sus avanzadas, confundiendo de intento la demagogia con el radicalismo, predicando las utopías más irrealizables, halagando las pasiones más groseras y mezquinas de la muchedumbre inconsciente, enseñando que se debe marchar a saltos para que la caída y el retroceso sean más seguros, sacrificando lo real y lo posible en aras de ideales muy redentores, pero que están muy lejanos todavía y a los que no es posible llegar sino conforme enseñan las eternas leyes de la historia y de la naturaleza.

Ese, ése es el jesuita temible; el que lleva perturbada a la República francesa; el que ha de crear mayores conflictos a nuestra futura República; el que se esconde tras el abogado, el catedrático, el ingeniero, el periodista demagogo ó el médico: el que unas veces explota el sentimiento del patriotismo, otras los ideales republicanos, otras las sublimes aspiraciones del proletariado por cuya esclavitud eterna trabaja sin descanso, fingiéndose amigo del obrero, su defensor, su paladín más decidido, apóstol de la buena nueva. Suya es la obra de la reacción que hoy nos oprime y embrutece, y obra suya será la reacción del mañana. En ocasiones se finge librepensador furibundo y hace gala de sus ideas irreligiosas para después edificar a los fieles con una de esas conversiones de gran aparato que tanto contribuyen a robustecer el fanatismo. En público vociferaba contra la Iglesia y sus ministros, y luego, en secreto, se arrodilla a los pies de sus cofrades, los jesuitas oficiales ó conocidos.

Es difícil, muy difícil conocerle, pero no imposible; pues en ocasiones, cuando el dolor le trastorna ó le embarga la alegría, se olvida de fingir, y el *Ad maiorem Dei gloriam* aparece junto a su nombre en letras de molde, ó en frases escapadas de los labios en el seno de la confianza.

Tarea fácil ha de sernos, el día que queramos de veras, barrer a los jesuitas conocidos; lo difícil es librarnos de los otros, de los que no lo parecen y pasan por sus más encarnizados enemigos.

PENIS MORA

«España es uno de los países de Europa donde la vida es más cara y donde debe ser más barata, si no fuera por la mala administración, por lo que se lleva el fisco y por lo que recarga el impuesto de consumos los artículos de primera necesidad.»

Esto ha dicho el *Heraldo*, faltándole añadir, que muchos horterías regeneradores falsifican la calidad de los artículos que expenden, roban en el peso y le sacan al capital que emplean el 40 ó 50 por ciento de ganancia.

Todo lo cual es muchísimo más grave que lo que apunta.

## El cardenal Sancha

EN LOS TRIBUNALES

Lo han llevado, por esto:

En Abril próximo pasado confirió el cardenal poder a don M. M., apoderado que tuvo durante el tiempo que fué obispo de Madrid-Alcalá, y que llevó a efecto varios negocios, unos sabidos por el público y otros ignorados, principalmente el de sisas del Ayuntamiento de esta villa, del que ya hablaremos en momento oportuno. Este apoderado, por virtud de ese poder, ha cobrado cantidades importantes que pertenecen en gran parte a otra persona. Por estas razones:

El cardenal Payá, de cuya inteligencia y celo por los intereses de la Iglesia no cabe dudar, confirió su representación legal a don G. M. para entablar, donde fuere preciso, reclamaciones difíciles, de larga y penosa tramitación, con la circunstancia agravante de no conocerse las fechas, ni aun aproximadas, ni ante quienes se otorgaron las escrituras públicas en que habían de fundarse el derecho y base de las de mayor

importancia, cuyos créditos: habían de perseguirse; y a pesar de ser tantas y tan grandes las dificultades con que había que luchar y la inseguridad del éxito, el Sr. don G. M. aceptó la representación, encargándose de las gestiones sin gravar con gastos la mitra de Toledo, pues convino en hacerlos por su cuenta y riesgo en todas y en cada una de las reclamaciones, ya fuesen para buscar antecedentes, sacar copias de documentos públicos, etc., etc., como para entablar recursos de alzada ó contencioso administrativo.

A los muchos y constantes gastos que los asuntos de esta índole reclaman, había que añadir el mucho trabajo y tiempo empleados en buscar antecedentes en archivos y oficinas, viajar de un punto a otro en busca de una escritura ó un testimonio legal, pagar servicios, pero nada de esto arredró al Apoderado, que comenzó a hacer gestiones y gastos, a sabiendas de que, si aquellas no daban resultado, perdería el dinero y el trabajo que hubiere empleado; mas confiando en que, saliendo airoso en su empresa, se le abonaría religiosamente el tanto por ciento convenido en el contrato.

Muere el cardenal Payá, y el señor Monescillo, su sucesor, ratifica el poder al señor don G. M., obrando en ley y justicia, ya que los intereses que éste procuraba no pertenecían a la persona que desempeñaba el cargo, sino a la mitra de Toledo, y teniendo además en cuenta que ésta nada perdería en el caso de que el asunto saliese mal. El Apoderado continuó, pues, sus gestiones.

El cardenal Monescillo muere a su vez, antes de que el asunto estuviera completamente terminado; nombra Gobernador de la Mitra, y éste sigue la misma conducta que los dos cardenales en este asunto, confiriendo idéntica representación al que la ostentaba, no sólo por deber legal, sino por reconocer que el Apoderado había invertido en las gestiones un capital enorme de trabajo intelectual, otro de trabajo material y otro en metálico.

Es nombrado para ocupar la Mitra el cardenal Sancha, conferencia con el Apoderado don G. M., se entera de que el negocio más importante está ya terminado, y ofrece seguir el ejemplo de sus antecesores en cuanto se posesione del cargo. Se posesiona de él, pasan unas cuantas semanas, lo ve nuevamente el Apoderado, le da cuenta detallada de los asuntos que tiene pendientes y del estado en que se encuentran, confirma el cardenal su palabra, le ratifica en su representación, y don G. M. prosigue sus tareas.

El tiempo avanza y el cumplimiento de la palabra no llega. Celebra el Apoderado otras conferencias con el cardenal, hasta el número de cinco, y a pesar de que veía que los hechos no respondían a las ofertas, tiene paciencia durante unos cuantos meses; mas por fin se entera de que el señor Sancha ha conferido su representación a don M. M., el que la tuvo cuando él fué obispo de Madrid-Alcalá.

La sorpresa de don G. M. no pudo ser mayor. El cardenal había prescindiendo, no sólo de los deberes legales, sino de los de conciencia; había faltado, no sólo al respeto que debía merecerle la memoria de sus antecesores, señores Payá y Monescillo, sino a las ofertas reiteradas que hizo de ratificar el contrato que ellos habían firmado. Y por esta decisión suya, el nuevo apoderado, don M. M., que no había hecho gestiones de ninguna clase, que no había trabajado, que no había gastado una peseta, que ni siquiera conocía el asunto, fué el encargado de cobrar, como las cobró, importantes cantidades, privando así de la parte que legal y legítimamente correspondía a don G. M., que era el que había descubierto el crédito, reclamado el derecho, y conseguido ultimar el negocio, hasta el punto de que con una simple instancia y el poder, pudo el nuevo apoderado cobrar cantidades importantísimas, que sólo correspondían en parte a la Mitra, pues su parte correspondía a la persona que, apoyada en un contrato firmado por dos arzobispos, había gestionado y conseguido que se pusiesen al cobro.

Claro es que pudo el cardenal, en ley, ya que no en conciencia, nombrar a la persona que bien le pareciera para el acto de efectuar el cobro, aun cuando se este modo dejase mal parada la oferta que repetidas veces había hecho; pero a esta determinación de su voluntad debió haber seguido inmediatamente esta otra: entregar a don G. M. la cantidad convenida en el contrato, ya que él había cumplido de todo en todo la parte a que por él se obligó, y a que el asunto se había incoado y tramitado, no en nombre de los señores Payá, Monescillo y Sancha, como tales personas, sino en el del arzobispado de Toledo, personalidad que no muere en tanto que la institución subsista.

En vista de que el señor Sancha no ha cumplido el contrato que la Mitra de Toledo, representada por los señores Payá y Monescillo, había hecho con don G. M., éste, que tanto ha trabajado y tantos sacrificios ha realizado hasta conseguir el cobro de las cantidades aludidas, las que hubiera perdido en absoluto si su gestión no prospera, ha acudido a los Tribunales para que le amparen en su derecho, después de agotar todos los medios de avenencia y conciliación a su alcance, y de haberlos visto constantemente rechazados.

Como hemos de ocuparnos más detenidamente de este asunto, cortamos aquí, no sin rogar a los compañeros en la prensa de provincias, ya que en la de Madrid se ocuparán del hecho únicamente cuatro ó cinco periódicos, que den la noticia, por lo menos, así se verá cuánto influencia ejercen en los actos de los representantes de Cristo los bienes terrenales, (a los que llaman miseros y dicen que desprecian), cuando consienten que los tribunales intervengan en resolver asuntos que debiera solucionar la conciencia en dulce consorcio con la equidad y la justicia.

donativo a la hospedería que estableció *El Imparcial* unas cuantas docenas de chorizos y un pequeño fardo de bacalao truchuela que, según malas lenguas, estaban bastante averiados y le servían de estorbo en la cueva, el tendero cobró fama en el barrio de gran patriota y de hombre de arranques. ¡Precisamente los que ahora necesita España para su regeneración!

Pero lo que vino a turbar su vida pacífica y verdaderamente burguesa, fué la campaña del señor Paraiso. Esas Asambleas de Zaragoza y Valladolid: esos llamamientos a la clase neutra a que el tendero tenía la honra de pertenecer; esos programas regeneradores de las Cámaras de Comercio y esa política fluvial ó hidráulica de las Ligas de Productores, han conseguido meterle de hoz y de coz en los jaleos de la cosa pública. Lo de la *Unión Nacional* le tiene fuera de quicio.

Como se ha hablado de formar el nuevo partido organizando juntas ó comités por barrios y distritos—cosa verdaderamente rara y nunca vista en España y que acredita las novedades que se traen los de la *Unión Nacional*,—mi asturiano está ya indicado para presidente del comité del distrito, y su esposa, la exfregatriz, parlanchina como casi todas las mujeres, ya anda diciendo por ahí que el día del triunfo, es decir, cuando Paraiso, Costa y Alba instituyan en el poder a Silvea, Villaverde y Dato, *su hombre* será Alcalde de Madrid, Director de Instrucción pública, Presidente del Tribunal de la Rota ó cosa parecida.

Y esto no sale de ella; ésto se lo dice a su dulce mitad el buen tendero comunicándole intimamente el secreto de sus bellas esperanzas y de sus risueñas ilusiones. Pero váyasele con secretitos a una mujer como ésta, que se cree ya en situación de ser *alcaldesa presidenta* y demás títulos que ella se aplica en consonancia a los que ha de ostentar su marido!

Lo que no dice la digna esposa del honrado tendero es si éste, desde que se metió en esos trotes afiliándose al partido regenerador, ha dejado de cristianar el vino con el bautizo de las *cristalinas* aguas del Lozoya; de mezclar los garbanzos de Fuente Saucó con otros morunos; de echar menjugres al aceite; de moler una arroba de mendrugos tostados con cada kilo de canela en rama; de dar como bueno, jamón con trichina, y chorizos apollillados; de vender longaniza con menos carne de burro muerto y con más de cerdo; de añadir al aguardiente alcohol de virutas y de trapos viejos; de poner plomitos pegados debajo del platillo del peso donde se colocan los géneros; de aluquear y de limar las pesas; de poner por dentro capas de zinc a las medidas, y de hacer, en fin, otra porción de maniobras a cual más ingeniosas para prosperar en el oficio, que es fama que solía realizar antes con tal maña y constancia, que le han puesto en posesión de fortuna que le hace apto para ser un personaje dentro del partido gubernamental moralizador y regenerador que van a formar las clases de su *clase*, bajo la advocación del dios de los... (iba a decir una atrocidad) del dios Mercurio.

José CINTORA

## Una cuaresma más

Pronto va a terminar el periodo que la Iglesia consagra al ascetismo y la penitencia. Durante cuarenta días la Iglesia obliga a los fieles a que no mezclen carne y pescado, si no pagan una determinada cantidad; les prohíbe comer carne en absoluto; si la pagan pueden comerla, excepto en determinados días. Todos los viernes y todos los domingos sube al púlpito de los templos un sacerdote para explicar a los fieles el Evangelio y fortalecerles a la par en las creencias de los dogmas y en los preceptos de la moral cristiana. En esta época es obligatoria la confesión. Pueden los fieles durante el año no acudir al tribunal de la penitencia, ni acercarse al banquete místico, pero durante la cuaresma, ó la Pascua que le sigue, es indispensable que el devoto abra su conciencia al sacerdote, le declare sus culpas, y después de purgar su alma por la absolución y la penitencia, se acerque a la mesa sagrada y coma la hostia donde dice la Iglesia que está Dios con su propio cuerpo y su propia sangre.

Para aquellos que tienen la fe del carbonero y no se atreven a preguntar el por qué de tanto comer espinacas, de tanto procurar que no se cueza con manteca el pescado, de tantos sermones, de tantas penitencias y de tantas hostias consumidas, ha pasado y pasa la cuaresma todos los años como una de las muchas ceremonias profanas ó sagradas que la humanidad



acostumbra á celebrar. No le preguntéis al infeliz labriego que riega con su sudor la tierra para pagar la renta al Señor y no poder comer apenas ni disfrutar las ventajas y las comodidades de la ciudad, por qué se abstiene durante este periodo de añadir á la bafía un pedazo de tocino, ni por qué acude al sermón; ni por qué cumple el precepto pascual; no hace más que seguir la rutina de sus antecesores, practicar lo que vio desde niño hacer á todos sus parientes y convecinos; va al sermón, como acude á la capital más próxima en determinados días del año, aunque no tenga que llenar allí ninguna necesidad, como compra turrones por Diciembre y quema hogueras por San José ó por San Juan, según la región donde vive.

Pero el hombre reflexivo, el mismo obrero de las ciudades, más culto y más ilustrado que el obrero del campo, al ver llegar todos los años la cuaresma, repetirse las mismas abstinencias y las mismas prácticas y recitar idénticos sermones, se pregunta: «¿todo esto á qué conduce?»

Porque aunque somos muchos los que no podemos creer que Dios haya preceptuado que pagando dinero, comprando bulas, se pueda comer chuletas, y no comprando bulas, es condenado en el fuego eterno el que añada un pedacito de tocino al guiso; aunque somos muchos los que no nos explicamos las ventajas higiénicas ni morales de estar sin probar bocado una porción de horas para luego atiborrarse en una sola comida, aunque la inmensa mayoría de las gentes considera poco aceptable el que la esposa vaya á depositar en un hombre extraño las intimidades del hogar, y la niña pública tenga que revelar sus pensamientos pecaminosos á un varón robusto y quizás joven como ella, por todo pasáramos las austeridades y las prácticas de la cuaresma produjeran algún bien social. Pero desgraciadamente pasan los lustros, disuergen los siglos y no se nota que la cuaresma dé frutos de moralidad y de mejoramiento. El que antes de ayunar y de comer espinacas era soberbio, soberbio sigue siendo; el que antes de confesar y comulgar por Pascua floreada explotaba á sus obreros, sigue explotándolos; los políticos que apesar de su catolicismo, robaban á la nación, siguen robándola. No vemos que en los presupuestos se consignen ninguna partida de ingresos que diga así: «Por las restituciones que se hagan al Estado después del periodo cuaresmal», ni vemos tampoco que después de este periodo los usureros arrependidos perdonesen á sus deudores los intereses que han estipulado.

¿Para qué aprovecha, pues, la cuaresma? Si al llegar la Pascua florida presenciáramos cenas de esas que impresionan y edifican; si después de tantos miles de sermones escuchados y de tantos millones de hostias administradas, viéramos á los ricos realizar obras de caridad sublime y á los perversos llevar á cabo actos que nos hicieran olvidar sus malos hechos... aun sin creer, no nos meteríamos en si era verdad ó era ficción lo que la Iglesia ha establecido; pero para que el mundo marche después de la cuaresma lo mismo que antes de ella, no nos explicamos que los que piensan, que aquellos que sin creer quieren conservar la religión como freno social, no se desengañen y nos ayuden á borrar prácticas y costumbres que hace mucho tiempo debieron desaparecer.

A esos les preguntamos: «¿Qué queda después de los cuarenta días de esfuerzos místicos?»

Una cuaresma más.

CZALLA

## Conventos en España

BILBAO

Monjas Carmelitas de la Caridad en Deusto.  
Frailes Pasionistas en id.  
Universidad de los Jesuitas en id.  
Colegio de sordo-mudos (monjas) en id.

Monjas enclaustradas del camino viejo de id.

Hermanos de la Doctrina Cristiana en id.

Monjas María Inmaculada (perdición de sirvientes) en Bilbao.

Esclavas del Corazón de Jesús.

Monjas de Santa Teresa.

Idem de la Esperanza.

Idem de la Cruz.

Idem de la casa de Maternidad.

Idem del hospital de Begoña.

Idem de los Expósitos.

Idem de los Angeles Custodios.

Idem Adoratrices.

Idem de Santa Clara.

Idem del Refugio.

Idem de Santa Mónica.

Idem del Carromato (enseñanza).

Idem de la Divina Pastora.

Idem de la Encarnación.

Idem del Asilo de ancianos de ambos sexos.

Idem del Santo Hospital civil.

Idem de la Sala Cuna de San Antonio.

Idem de la Merced.

Idem Siervas de Jesús.

Idem Trinitarias.

Frailes del Corazón de María.

Monjas de la Concepción.

Idem del Corazón de Jesús.

Residencia de los Jesuitas.

Asilo de niñas.  
Patronato de obreros (hermanos con babero).  
Colegio del apostol Santiago (id.)  
Hermanos de las Escuelas Cristianas.  
Frailes Capuchinos.  
Monjas de Olaveaga.  
Santa Casa de Misericordia.  
Frailes Carmelitas.  
Asilo de huérfanos.

ZAMORA

De las Descalzas.  
De las Marinas.  
De Santa Clara.  
De las Dueñas.  
De San Pablo.  
De la Concepción.  
De San Juan.

## LOS PROSTITUTOS DE LA POLITICA

Un catedrático de gran ilustración ha dicho, refiriéndose á la signatura de religión, «que no la ha establecido ningún conservador ni ministro moderado de la restauración borbónica, sino el demócrata Puigcerver», lo cual es cierto y miserable y asqueroso.

La planteó como voluntaria, verdad es, y sin conceder ningún género de derechos á los curas encargados de esa clase, sin duda contando con que otro vendría después á dar la última mano á su obra, como así fué; pues llegó Bosch, (el antiguo republicano federal) y la declaró obligatoria.

Y subió luego Gamazo, persona piadosa y usurera, y puso dos años de religión en vez de uno, concediendo ya derechos á los profesores.

Y así la cuestión cómo extrañar que el marqués de Pidal haya aumentado los cursos hasta seis?

Concluye así el catedrático:

«Hace algún tiempo oía el autor de estos renglones á un exministro liberal la siguiente verdad: «Los que procedemos de partidos monárquicos y dinásticos y católicos somos los más sinceramente liberales, los menos palaciegos y los menos beatos; en cambio, los que proceden de la democracia y de la revolución... repárense usted, no pierden ocasión de hincar la rodilla ante las gracias del trono ó del altar: tienen que exagerar la nota para que se les crea y no se desconfíe de ellos.»

«Tiene razón, tiene razón!... A los demócratas les ha pasado lo que á las prostitutas que se hacen devotas: quieren borrar su vida libidinosa con actos públicos de contrición, sin perjuicio de continuar siendo en el fondo y en secreto tan prostitutas como cuando ejercían descaradamente su oficio.

Soy de los que creen que la restauración habría sido menos inmoral, si no admite el lastre podrido de la revolución.

## Falso culto cristiano

Permítaseme que, haciendo uso del derecho á la autocritica, copie aquí lo que no há mucho decía a propósito de ciertas costumbres supersticiosas de los indios filipinos:

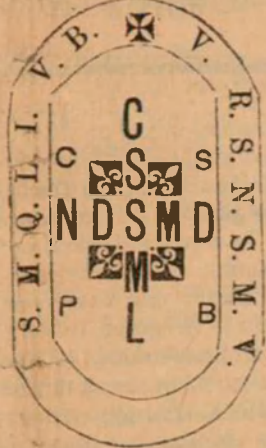
«¿Qué hay religiones que no necesitan del talismán ni del amuleto? Esto no es cierto. Puede asegurarse que el amuleto aparece á través de todos los cultos; es algo que se impone al espíritu popular y á la familia. ¿Qué niño habrá sido criado sin algo al cuello? Es algo de que no se verá nunca libre la humanidad. Podrá dejar de verse á la entrada de la cabana del salvaje ó detrás de la puerta del europeo (heraduras, cuernos, etcétera), ó en los balcones de nuestras casas (palmas, romero, etc) ó en los cuellos de nuestras esposas; podrá tal vez abandonar para siempre los cuerpos, pero quedará en los espíritus.

Esto, que salvo lo de que esté mejor ó peor dicho, nadie podría negar seriamente, parece que incomodó mucho á ciertas almas timoratas y dió lugar á exclamaciones piadosas bastante exaltadas. «Pérfidas palabras de ateo...» se dijo. «¿De cuándo acá hablar de religiones? ¿Es que acaso hay más de una y esa no es la nuestra? ¿Amuletos en el culto cristiano? ¡Oh libertad de imprenta y qué cosas produces!» etc. Aunque tal dijeron, nunca en mis días hubiera insistido sobre el particular, si la Providencia no me hubiera llevado de la mano á tropezar con datos tan sabrosos, tan concluyentes y tan... católicos como los que motivan las presentes líneas y que si bien entonces no hubieran sido oportunos hoy lo son como aservantes de lo dicho. *Haré historia.*

Es un hecho que yo tengo parientes cercanos y lejanos, lo cual no tiene nada de particular. Tampoco tiene nada de particular que algunos de estos parientes sean perfectamente católicos; y al decir perfectamente católicos, ya se puede suponer que dichos señores asisten con puntualidad á misa, se asoman con frecuencia á la reja del confesionario, concurren á notables novenas, corren á Nuestro Señor cada lunes y cada martes y sostienen un kilogramo de medallas benditas y son piadosos cuelleros. En la biblioteca de la casa hay un lugar destinado á letras sagradas y sobre ó dentro de cada mesilla de noche mejor faltará otra cosa que variedad exquisita de reliquias, cruces y breviarios... De éstos, claro está que visto uno no vuelve á verse otro en la vida, ni aun viajando en tercera: tal es la indigestión mística que producen y el pesado vaho de histerismo que exhalan. A mí (que sin duda no me abandono al hado) me sucedió, que ya que tuve la suerte de tropezar con uno de estos tesoros piadosos, no me fuera fatal para eso del *sentido común*, sino que antes al contrario me valiera de instrucción por la gran cantidad de cosas que allí aprendí. Entre ellas está todo lo que sigue:

1.º Que existe un devocionario muy popular, de cierto gusto moderno, grandecito él, lleno de cosas que apabullan y á cuyo fa-

nal se recomienda el uso privado de una cruz conocida entre los exaltados con el nombre de *Cruz de San Benito*, la cuya cruz trae su origen del cielo, según allí mismo se dice.



Cruz-amuleto de San Benito, según San Gregorio, Papa y Doctor.

2.º Que dicha cruz (fielmente reproducida aquí) no es una vulgar misticación toda vez que la dió á conocer San Gregorio, Papa y Doctor—¿cómo quien dice *no!*—en su obra *Vida de San Benito*, libro II.

3.º Que un genio pasmoso que llega á Santo, Papa y Doctor, *ú sedse* infalible por tres vías de infalibilidad, no puede equivocarse, lo cual, aunque no lo dice la piadosa obra, se lo puede figurar el lector, todo ello en beneficio de los prodigios, figura.

4.º Que cada una de las letras que forman y rodean la cruz tiene una significación mística trascendental. Por ejemplo: las letras C. S. P. B. ocultan la notable frase *Cruz-Sancti Patris Benedicti*, y así todas las restantes hasta la grandiosa: *V. R. S. O sea Vade Retro Satana*, esto es un *sahusca el alas místico*.

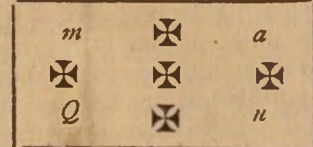
5.º Que dicha cruz puede aplicarse (a) Sobre el cuello; (b) En las puertas (no importa cuáles); y (c) Sobre la parte dolorida (esto de la *parte*...)

Si algún fiel la besa (á la cruz), mejor para él, que gana atrocidad de indulgencias.

6.º Que sus efectos sobre ser grandiosos son variadísimos, pues según reza textualmente el precioso libro (pidase: calle de la Paz, etc),

- a.—Echa los demonios,
- b.—Es preservadora y antidoto contra el veneno. (¿Preservadora y antidoto á la vez!)
- c.—Evita la peste.
- d.—Libra del rayo.
- e.—Sirve de refugio de las tempestades.
- f.—Socorre en el parto.
- g.—Cura la gota serena.
- h.—Es medicina de los otros males. (¿Pues con esto bastaba!)
- i.—Es arma poderosa contra toda tentación, particularmente contra la pureza (ehl)
- j.—Libra al ganado de las enfermedades. (¿Y dónde se le colocaría á una yegua?)
- k.—Da á los afligidos y tentados consuelo, fortaleza y alivio en la vida y en la muerte. Amen.

Ahora bien. Yo quisiera saber qué explicación puede tener para la gente de Iglesia, y aun para esos pseudo-doctos respuntados de neismo, el uso de tales prácticas (decididamente supersticiosas) patrocinado por un Sumo Pontífice de la Iglesia. Porque, según estoy harto de oír, toda creencia no católica es supersticiosa, entre otras cosas: *«por el falso culto que suele rendir á cosas inanimadas»*; ó por el *«empleo de prácticas supersticiosas»*; ó por el *«uso de torpes y groseros amuletos»*; etc., todo lo cual parece que se escribió para cuando llegara el caso de las cruces de nuestro Santo y otras similares; porque ¿quién podrá negar que lo recomendado por el Papa Gregorio es un amuleto burdísimo? ¿Quién podrá especificar la diferencia que existe entre colgarle al cuello la referida cruz, ó esta otra usada por ciertos indios del extremo Oriente?



El lector imparcial no podrá menos de descubrir la común *confección* y la similar *inventiva* de estos amuletos (y podría citar por cientos). Este último figura en un *anting-anting* ó *pseudo devocionario* de los indios filipinos. Todo el referido devocionario está plagado de figuras semejantes, las que como puede suponerse, son de indudable origen católico, aunque luego hayan sido perseguidas con encono por los religiosos de aquellos países. Por la *intercesión* de tales figuras, según nos refiere un escritor, (entusiasta paladín de los conventos y de los frailes en Filipinas) los indios se creen invulnerables *al rayo, á la tempestad, á las enfermedades* y á todo ó á más de lo que se crea invulnerable un portador de la *cruz de San Benito*. (1) ¿Y cuántas desgracias no han proporcionado los tales *anting-anting* á los indios, acusados de supersticiosos y de estúpidos por hacer uso de ellos!

¿Quién sabe si á la vez que se les despoja de sus viejos devocionarios (copia, sin duda, de los que introdujeron en aquellas islas los primeros frailes) se les obligaba á comprar los nuevos con el aditamento de la cruz de San Benito! Bien es verdad que con esta saldrían ganando, porque ¡ahí es nada no tener que preocuparse de la *gota serena*, ni del *muermo*, ni de los *otros males*!

V. DÍAZ PÉREZ

## RED BIEN TENDIDA

Ha muerto en Bilbao una señora, la viuda de Epalza, dejando 125.000 pesetas.

(1) Véase sobre esto: *UN LIBRO DE ANTES* (supersticiones y brujerías filipinas) por W. Retana, y lo dicho por nosotros en el número 4, tomo VII de *El Motín*, refiriendo los efectos mágicos.

tas á la Comisión que realiza los trabajos para la beatificación de Fr. Valentín de Berrio Ochoa.

¡Pues apenas cuesta dinero hacer un santo! Yo creía que al ciudadano indicado para esa profesión, le bastaba con tener méritos suficientes; mas, por lo visto, hay que gastarse un dineral en los preliminares.

Cada día aprendo una cosa nueva en esto de las triquiñuelas que tienen los clericales para llamar hacia sí todo el metal que se acuña.

Lo que me preocupa un poco, es pensar en lo que habría sido de ese fraile, si la buena señora esa no hubiera dejado los 25.000 duros, aparte las cantidades que por otros conductos se haya agenciado la Comisión. Habría estado aspirante á santo por los siglos de los siglos.

En fin, que el dinero sirve para todo (verdad de Pero Grullo); hasta para dar la alternativa de santo á los que la hubieren merecido.

¿Qué bien tendida tienen la red!

## La prisión preventiva

Trátase del abono de la prisión preventiva. Lo propuso el ministro de Gracia y Justicia, lo admitió el Senado y la comisión del Congreso lo acepta, bien que diciendo que no satisface sus supremas aspiraciones.

En Cuba los norteamericanos lo han establecido en absoluto. La prisión preventiva es allí de abono para cuantos hayan de sufrir condena. Aquí esto no podía suceder: somos eclécticos. Sólo á los condenados á penas correccionales se quiere aquí que se abone todo el tiempo de la prisión sufrida. A los demás no se consiente que se les abone sino la mitad del tiempo.

Ni esto se propone para los reincidentes; para los que con anterioridad hayan sido condenados á penas superiores ó iguales; para los que se condene á pena mayor que la de reclusión temporal, según la escala del Código; para los reos de robo; para los de hurto ó estafa por más de cien pesetas; para los juzgados en rebeldía.

Siempre lo mismo. Excepción sobre excepción, y todas las excepciones injustas. La prisión preventiva, ¿es ó no pena? Preguntado al que la haya sufrido. ¿Lo es? Debe ser abonada al que los tribunales absuelvan. Esto es la justicia. Para muchos la prisión preventiva es más dura que la subsiguiente.

¿Vais á premiar al que reincide?—se pregunta. ¿Vais á premiar al que antes fué ya objeto de mayor condena?—No se trata de premiar, sino de no agravar la pena del delincuente. ¿Es justo que se le agrave?

Ved las otras excepciones. No hay abono para los reos de robo, ni para los de hurto y estafa por más de cien pesetas; pero si la hay para los que atienden contra la vida de sus semejantes, para los que los hieran, para los que los inutilicen, para los que los maten en riña. ¿Es mayor crimen el robo que el homicidio? ¿Vale menos de cien pesetas la vida y la integridad física del hombre?

—En España—decía uno de nuestros amigos—se estima en más la piel de la bolsa que la del cuerpo. —Lo confirma esta lucración de nuestro Ministro de Gracia y Justicia. No habríamos creído, á no verlo, que un hombre de ley propusiese la privación del abono para el que hubiese hurtado ó defraudado más de cien pesetas. ¿Cuidado si es grave el delito!

¿Cuándo acabaremos con esa raza de eclécticos que, por no faltar á su sistema, caen en lamentables contradicciones, sin ver que huellan los más santos principios de la equidad y la justicia? Dejar de abonar la prisión preventiva á los condenados, y dejar de indemnizarla á los absueltos, es la más flagrante de las injusticias.

F. PI Y MARGALL

## Los idólatras de la utilidad

Inspirarían risa si no resultasen dañinos. No hay nada más absurdo con apariencias de lógico que ese prurito utilitario. Son siempre peligrosos esos partidarios *á outrance* de lo útil. Entendámonos, de lo útil como provecho material exclusivamente. Es altamente necesario embestir contra todos los fanatismos.

Esas gentes que no conciben el provecho de una idea, ni la utilidad de un sentimiento ó el fruto de una creación cualquiera, suelen ser propietarios de un entendimiento castrado, *anuncios* de la inteligencia que piensan favorecer á la humanidad corrompiéndola.

Toda idolatría es mala; pero la que concienca todas las leyes del espíritu, viendo sólo majestad en un guarismo, apesta. Yo no desconozco ni niego las excelencias de la utilidad. Es ésta saludable y conveniente regulada á propósito, como ciertos medicamentos. Una dosis excesiva puede ser funesta. Lo que abomino es el desdén olímpico de esos idólatras por todo lo que no sea pura mercadería. La sustancialidad del *asem aleas*, *asem valeas* no excluye la del *est modus in rebus*; el prodigio de las matemáticas no oscurece otro prodigio, la música; un cálculo de Arquímedes no es superior á una estrofa de Homero; la conquista de un territorio es cosa tan épica (más no) como la invención de la imprenta; el descubrimiento de una mina de oro (producto, al fin, de la Naturaleza) no aventaja al descubrimiento del virus rábico. Siendo lo bello, lo útil y lo sabio hijos de una misma madre, hermanos son, y por lo tanto, con idénticos derechos. Si uno de ellos se agrava arrullar al otro, la humanidad contaría con un nuevo Cato.

Dicen los fanáticos de un credo:—«Fuera de esto, nada.»—Y no obstante, fuera de aquello hay

la inmensidad. Así los utilitaristas confunden el número con el espacio, lo incontable.

Bien mirado no hay nada grande envuelto en metal precioso. Pueden ser grandes el colán, el marmol, el bronce, con un soplo del genio. Una gota de tinta basta para deslumbrar al mundo mejor que un talego. Un puñado de barro puede valer infinitamente más que un puñado de oros. Aunque ellos, esos idólatras, no lo creen así, se más humano Diógenes que Creso. Esperencia tirando al agua las únicas monedas que le quedaban al entrar en Lisboa, no es un héroe, pero es algo demostrativo de que en el mundo hay algo más que la monótona cantilena del 6+6=12.

He procurado colocar lo que renta una casa de 14 pisos en Nueva York por cima de las Pirámides de Egipto, que nada producen, y no he conseguido sentir la admiración por aquéllas. Es algo cómodo afirmar que la salvación de un pueblo depende exclusivamente del *evange oro* que posea. ¿Los grados de cultura?... No se oprime el capital en la capital. Por sabido se calla que el grosero mercantilismo suele presidir á los principales actos de la vida; pero el que esto sea un hecho, no prueba que sea una razón. La estupidez del derecho de la fuerza va á menudo compensada por la recepción del vigor ante lo imprevisto, que es un factor no despreciable. Contar con *tanto ó cuanto*, no es poseer la justicia, ni la equidad, ni el buen sentido, ni siquiera el respeto á la admiración, otros valores no cotizables.

Las grandes injusticias, penables siempre ante el sentido moral, no han tenido en la Historia (que es al cabo lo definitivo de los hechos) otro juez que el desprendimiento. La única condenación de una iniquidad ó un desalvado ha partido en todas épocas de los pensadores y poetas, gentes desafectas al interés. Esto no dirá nada, si se quiere, en contra del egoísmo, pero dice mucho en pro de la generosidad. La doctrina que antepone la cifra al latido, es una enormidad. La teoría que basa su eficacia en la suma, está por bajo de la que desdén el número por una satisfacción del espíritu. Digan lo que quieran los hombres prácticos con su *sobado* argumento de la hormiga y la cigarría, si la primera es admirable, la segunda es divina. Ambas actitudes no se repelen, se completan; son el macho y la hembra de las fuerzas naturales, de cuya unión puede brotar el equilibrio, de cuyo divorcio ha de generarse la fecundidad. Pretender afirmar la supremacía de una sobre otra, es pueril. No admiten comparación, son la risa y el llanto, el aire y la luz, lo viril y lo bello.

Concedido que la utilidad consiente gran número de facilidades; pero pienso que no todas las satisfacciones. La herencia de un Wanderbilt, v. gr., es un gaje; la de un Polon, un honor. El hijo de un Creso puede enfatuarse; el hijo de un sabio puede enorgullecerse. Contando por cifras, tiene más *Rustchid* que Schiller; pero la humanidad se vanagloria de éste. El tener no es el valer. Dominan lo á los enlumbrados están siempre los sentimientos. Después de todo, el templo más costoso no igualaría al espacio; el foco de luz más intenso no llegaría al más tenue rayo de sol. ¿Cuántos idólatras de la utilidad, favorecidos por la suerte, no darían su fortuna por un basol... En los misteriosos confines del alma, una flor puede ser un tesoro y la riqueza cosa despreciable.

Buen número de estas verdades parecerán comunes. Y bien: ¿acaso hay alguna idea-propiedad? La región de lo real no es lo inexplicable: el Polo no existe en la esfera del Pensamiento. Hay, sin embargo, un punto donde no llega la sordidez: aquel donde radican los intereses morales. Para ciertos individuos con pretensiones de patriotas y reformadores, no hay más intereses que los cuantitativos y sonantes ó cetrados á fecha determi-nada.

En esa idolatría insipida y perturbadora se va iniciando buena parte de la juventud. En la gran *neurast* acarreada por un atavismo rebelde á toda fe y á todo principio filantrópico apoyamos el desaliento. La juventud, triste es tener que decirlo, no se aviene al *mañana tardío*; cuenta por minutos, no por años. Por esta causa, entre otras, el fanatismo por la utilidad prospera, va avanzando en vez de retroceder.

Algunos de esos espíritus fuertes se reirán de mí sin duda. Me decía cierta vez mi cariñoso amigo y maestro el autor de *Sutiliza*, que no hay nada tan inverosímil en arte como la cruda realidad. Parafraseando este aserto, cabría decir que nada hay acaso tan risible en *mundología* como la convicción. De esta *peccato* yo soy un reo de mayor cuantía; repuntaré siempre mi idealismo á la brutal irrupción de las realidades *peccatores*, con la persuasión de que en esta *idea* no está la *verdad moral* que hay que perseguir preferentemente. No creo en las conquistas del azarón sin las debidas compensaciones; niego la fuerza del brazo sin el hullo de la mente; repudio la supremacía del porta-monedas sobre la imaginación; maldigo el auge del *utilitarismo* como fin primordial, si no único, de la existencia. De todos los fanatismos, me parece éste el peor. Antes creí en el *suño* Alorán, que en el *Tratado de hacer fortuna*, eleva á la altura, ó en la eficacia del *Boletín de la Banca* para el engrandecimiento y estabilidad de los pueblos.

Y riase de mi opinión cuanto quiera á los modernos salvadores.

SEBASTIÁN GOMILA

Al ayuntamiento de Jerez de la Frontera se le han hecho en estos días dos peticiones.

Por una hermandad, solicitando unos miles de p-setas para sacar las cofradías.

Y por una comisión de obreros, para que se socorra con algo á los que se mueren de hambre á causa de haber las lluvias paralizado los trabajos del campo.

La primera se ha resuelto favorablemente; la segunda, no.

Receta infalible para hacer anarquistas.

## DIOS NOS AMPARE

¿Quién lo oreyera, allá por los últimos días de Noviembre de 1898, al oír á aquellos oradores, algunos bastante profundos, otros no poco elocuentes y todos á cual más fogosos, que semejante oratoria, ampulosa en general, pero sincera en su mayoría, había de disiparse como el humo á impulso del ventolral, y quedar reducida á la más angustiosa de las frases, á la que más gráficamente se representa la resignación, la impotencia y la timidez: «Dios nos ampare!..»



Aquí en este país, finchado como ningún otro, sólo nos pagamos de simbolismos y de figuras más o menos retóricas. Por eso al elegir á Zaragoza para congregar á aquellas fuerzas, únicas vivas, según ellos decían, en una de las libertades, y del «os facemos rey», etc. etc., creyeron los congreguistas transportados allá á los tiempos de nuestras pasadas glorias, á los de las infanzones antiguas, engriéndose hasta el punto de figurarse cada uno la maza de Fraga, y todos capaces de caer y arrollar como un alud al gobierno y al país entero. Siempre el enano de la venta.

Una vez reunidos, tal vez en el sitio de las memorables Cortes, comenzaron *mudando y cambiando trajes, figurándose unos grandes personajes*. Cabildos, sesiones parciales en los cuartos de los hoteles, sesiones secretas y preparatorias en el salón del fastuoso Mercantil, y, por fin, las públicas, con todo el aparato escóptico de aquellas á que no solamente querían imitar, ó mejor dicho, que querían derribar y arruinar.

Al oírlos, y ver que también se oían á sí mismos, se figuraba el público escuchar á los elegidos del pueblo en masa, abrogándose todas las atribuciones de la *Gaceta*; de tal modo decretaban, derogaban y daban leyes cual nuevo ministro cada uno en su ramo de la administración nacional. Y no era nuevo el asombro, al oír las objeciones, oposición y hasta increpaciones de los oradores entre sí, como si al día siguiente hubieran de regir en la península é islas adyacentes los proyectos que traían embottellados, como sus discursos.

«Pero con qué armas y elementos contarán aquellos diputados en agaz para, tan fácilmente como *llegar y besarla durmiendo*, imponerse á todos los gobiernos con su séquito de adictos presupuestivos y de sus ejércitos armados? ¿Acaso con sus huestes reclutadas entre los horteras? En verdad que hubieran sido formidables con sus varas, cacharros, esponjadores y demás utensilios del oficio. (¿?) Pues si todo esto era más que ridículo, ¡con qué medios contaban para la consecución, ó siquiera ensayo, de sus regeneradores planes, con los que nos anunciaban ya una era de venturas sin fin? ¡Ah pigmeos jactanciosos! ¡Qué se hizo de aquellos profundos estudios sobre navegación de los señores Espino, Olanó, Lurbe, etc. etc. f ¡Qué de aquellas sagaces palabras de Velasco! ¡De las protestas de españolismo de Rusiñol! ¡De los radicalismos mal comprimidos de Castro! De aquel orador de barricada, señor Clot, cuando decía: «Y si no nos conceden lo que pedimos, ¡qué haremos? ¡Cumpliremos con nuestro deber!» á la vez que en tono sublime acompañaba sus *terribles* palabras con una acción como la de Talien, cuando, puñal en mano ante la Convención francesa, amenazaba al encumbrado Robespierre...

¿Y qué diremos de aquel Danton llamado Alba, si bien elocuentísimo, por demás cándido é iluso? ¿Y del asesinado de D. Quijote, propuesto en la sesión final por el señor Alzola? ¡Aquella sí que fué quirotada fin de siglo!

¡Ah! aquellas errolladoras montañas de agua que amenazaban tragarse la tierra, han quedado convertidas en espuma deshecha en la playa. Porque es evidente: no contando más que con el cierre de tiendas durante una semana, que les pareció luego demasiado (pues antes que revolucionarios son todos ellos muy conservadores), no les quedaba otro recurso que la resistencia pasiva, y vemos que han hecho y hacen todo lo contrario. El conato de cierre fué más allá de lo que ellos se figuraban para la conservación de sus respectivos monopolios, porque el pueblo, hambriento de justicia y de pan, quiso esgrimir de verdad el arma que aquellos Sanchos—Quijotes esgrimían sólo como amenaza.

Los pejos demagógicos del que se cala el frío á la vez que costea mensualmente misas en Santa Engracia, se redujeron á la más mínima expresión: á la de «Dios nos asistat»; esto es, de aquello de autoño no hay nada, más que una fantochada monumental. Y la última asamblea de Valladolid no fué más que el enterramiento de los arranques, desplantes y vociferaciones pronunciados por los congreguistas de Zaragoza, sedientos de mando y de conservación. Se creyó que de allí saldría algo como el juramento de los tres suizos, dispuestos á morir por la patria, y no fué más que una parodia ridícula.

De los agrícolas no hay que decir; fueron todavía más ridículas y sumisas, aunque no tan presuntuosas ni tan quijotescas.

Zaragoza, Marzo de 1900.

## LAS DENUNCIAS DE LOS PERIÓDICOS

### II

En nuestro anterior artículo tratamos la cuestión desde el punto de vista de los perjuicios que originan los abusos del poder atropellando la propiedad intelectual y la propiedad mueble, tan dignas de respeto como la propiedad inmueble, que con tanto cuidado tratan de defender los doctrinarios que gobiernan, porque al defenderla defienden lo que adquirieron y ganaron merced á estos azares de la política que los encumbró, y al hacerlos personajes les otorgó dones y les facilitó el camino de la fortuna.

Los periodistas que se consagran á la defensa de un ideal, como el escritor, el literato, y todos los que arrastramos la vida emborronando cuartillas, trazando planos, escribiendo en papel sellado... como dijo Cinevas de cierto personaje—somos pobres, y difícilmente podemos contar con los medios necesarios para hacer frente á las más esenciales necesidades de la vida.

Además, como hemos cometido la torpeza de ponernos enfrente de los vicios sociales y denunciar á diario los abusos de las grandes compañías,

los irregularidades de los primates de los partidos gubernamentales, los excesos abusivos del alto clero, las infracciones de las leyes, etc., etc., sencillamente nos odian y ponen todos los medios á su alcance para destruirnos y aniquilarnos cuidando muy bien de presentarnos como perturbadores del orden social que queremos destruir todo lo existente, negando á Dios y tratando de disolver la familia y repartir la propiedad.

Luchando aisladamente desde las respectivas redacciones, nada conseguimos, porque nuestras denuncias y nuestros clamores se pierden en el vacío; pero, en cambio, conseguimos mucho si, estableciendo unas bases concretas, breves y sencillas, formáramos un cuerpo con la solidaridad de todos, cuando se realizase un abuso con alguno de nosotros, de esos tan comunes y generales entre el poder neo y el Gobierno reaccionario y francamente clerical que impera. Entonces seríamos fuertes, tendríamos condiciones para resistir, á ejemplo de esas mismas sociedades obreras que consiguen y obtienen todo cuanto quieren y pretenden, no por amor á sus demandas, sino por miedo á sus determinaciones.

Aquí hay que ser fuerte para escupir alto y estampar los salvajes en lo más empingolado, y entonces se verá cómo minoran las denuncias hasta desaparecer, cómo miran con respeto á la prensa radical, y cómo se humillan ante el pobre escritor á quien hoy menosprecian porque le ven aislado y débil.

En la evolución del periodismo moderno han perdido los periódicos de ideas y se han abierto ancho campo las empresas que no creen en nada, atentas sólo á que aumenten los ingresos de administración. Como han llegado á disponer de grandes medios, sosteniendo lo mismo soluciones radicales que publicando el santoral del día, hacen cara á los liberales y ayudan con su propaganda á los reaccionarios; así están bien con todos, y lo mismo se ve en periódicos de éstos en la casa de un furibundo republicano que en el hogar del cura ó en la celda del fraile, al lado del misal y en el perfumado gabinete de la aristocrática dama á quien llama hermosa y elegante. Son amigos de todos y con todos viven.

A la prensa independiente, en cambio, todos le vuelven la espalda: desde el corresponsal que se retrasa en el pago de la suscripción hasta el corresponsal que, después de no pagar las remesas que recibe, obedece á las indicaciones del cacique y á las exhortaciones del cura, disminuye y anula el pedido, pretextando que nadie quiere el periódico.

Para que este estado de cosas desaparezca y tengamos medios de defensa contra tales asechanzas, nos permitiremos poner á nuestros compañeros un cuestionario que sirva no más que como iniciación del pensamiento, y medios de llevarlo rápida y eficazmente á la práctica.

A. A.

¿Que cómo ha castigado el gobierno á la Compañía monopolizadora de cerillas, por haberse probado que las cajas no tenían el número fijado en el contrato? Imponiéndole una multa de mil pesetas.

Lo que equivale á decirle: «continúa haciendo lo que te dé la gana, sin otro inconveniente que el de pagar 50 pesetas por cada millón que estafes al público».

Trato que cualquiera, por poco versado que estuviere en lo de faltar al séptimo mandamiento, aceptaría muy reconocido.

¿Pues así que es hija la ganga!

## Moralizadores ladrones

De un artículo de *La Correspondencia de España*, á propósito de los tahoneros:

«Una de las causas que impiden que no desaparezca el fraude, estriba en las autoridades de varios distritos, las cuales protegen más á los industriales que cometen aquel delito, que al público en general, al verdadero consumidor.

Hay teniente de alcalde que no ha impuesto multa alguna, á pesar de tener en la tenencia más de cien denuncias, habiendo transcurrido más de tres meses de formuladas, y, por tanto, han prescrito con arreglo al Código.»

¿A cambio de qué hacen eso los tenientes de alcalde? Esto debería averiguarse.

Y si resultaban méritos para ello, llevarlos á la cárcel en la misma cuerda que á esos industriales regeneradores, pero ladrones.

¡Valiente tortilla saldría la que pretendiese hacer la *Unión Nacional* con huevos tan podridos!

## TIROTEO

Los periódicos *rotativos* siguen publicando, con gran gusto del Ordinario, folletines de ladrones, artículos explicativos del arte de robar y reseñas de Tribunales que dan interés y realce literario á crímenes y delitos, mientras los autores *estéticos* llevan al teatro la misma influencia en otra forma; y el pueblo dócil, y bastante bestia el pobrecito, obedece á tan sano influjo, no devanándose los sesos, sino devanándose las tripas con arreglo á esta católica propaganda.

Ayer fué un niño de trece años el que mató á uno de tres *majitos* de su edad que le cerraban el paso.

Dicen que nunca ha sido Madrid tan religioso como ahora.

Protesto.

Antes iba á misa menos gente, pero más desinteresada.

Ahora no parece sino que van por defender el sueldo y las iglesias se llenan de sinvergüenzas.

También la venta de los *rotativos* ha aumentado.

Es natural; son leídos por todos los *randas, golfos*, granujas, asesinos y ladrones, á los cuales dedica el periodista sus tareas.

Y que á juzgar por el número de líneas que les corresponden, pueden decir, con más derecho que los políticos, que tienen *sus periódicos*.

El público ve estas cosas con un palmo de boca abierta: toda la que le hace abrir el hambre.

Para librarse de lo cual, hay que ser *esteta* ó diputado de nacimiento.

Hace bastante tiempo que tuve el honor de señalar como síntoma grave el sinnúmero de suicidios de obreros de que la Prensa daba cuenta.

Aquellos apreciables albañiles que se tiraban por la ventana eran hombres previsores.

El hambre ha alcanzado á los que no quisieron matarse.

Y digo yo: ¿no sería oportuno, antes de morir de hambre, hacer algo en favor de los *rotativos*?

Por ejemplo, despachar cada hambriento de unos cuantos navajazos en el cuello, nada más que los precisos, á cualquier cerdo orondo y satisfecho, de la secta de los cerdos perjudiciales.

Yo no espero que me contesten para tomar mi resolución.

Ayer fué condenada una muchacha á catorce años y ocho meses de reclusión temporal por poner en circulación billetes falsos.

Al alcalde de su pueblo no se le ha preguntado si se comía el sueldo de la maestra encargada de educar á las niñas.

A la maestra no se le ha preguntado si *educaba* ó si se daba por satisfecha con hacer cantar los mandamientos en esta forma:

—El sexto, *la, ran, lan, la*. (Auténtico: de una maestra más pudorosa que el catecismo).

Y al Banco de España no se le ha preguntado si comete un delito de falsedad ó de falsificación al estampar en los billetes que *pagará* lo que no sabemos si consienten sus reservas.

¿Es tan reservado en este punto!

MAMERTO

## Error imperdonable

Los liberales de la raza latina hemos cometido un error imperdonable concediendo los beneficios de la libertad á sus mayores enemigos. Ellos, aprovechándose á maravilla de esa tolerancia, han detenido al progreso mientras dormimos sobre los laureles de las libertades, fados en su seguridad inquebrantable.

Limitándonos á Francia y á España, ¡qué caro está pagando aquélla el haber tolerado al fraile y al jesuita! Napoleón III allí, doña Isabel aquí, aún se defendieron algo; la República francesa, la revolución y la restauración españolas han dado carta de naturaleza á esa plaga social.

¿A quién se debieron las hondas perturbaciones é inminentes peligros de la cuestión Dreyfus? Al jesuitismo y á los frailes. Por obra del jesuitismo se había hecho el Panamá y la conjura boulangerrista. Muerto Gambetta, Ferry y Constans fueron desprestigiados, como casi todos los hombres terribles para el clericalismo.

Entonces el provincial de los jesuitas, padre Dulac, arrió en la pelea. El fué el alma del vergonzoso negocio Dreyfus; el manejo á imperialistas, orleanistas, legitimistas, clericales y patriotes inocentes; él explotó las pasiones del ejército, las ambiciones de la nobleza, toda suya, y las mezquindades de una gran parte de la mesocracia. Lo mismo le sirvieron ateos como Rochefort, ó católicos tan dudosos como Drumont, que papistas como el conde de Mun.

También en Francia llegó á ser cursi hablar de la influencia jesuitica y abominar del fraile y de la Inquisición. El éxito pudo haber sido completo.

Ahí nos ha traído nuestra falta, como á la República francesa la suya.

Hemos olvidado, que aunque la libertad es imprescriptible, no puede concederse como á los hombres á los tigres y á los chacales; y ahora éstos, como erológico, tras una franquicia de treinta años, se han multiplicado tanto, que pueden devorarnos impunemente.

Justo castigo á nuestra necesidad.

Todavía tiene remedio el mal, si se lo ponemos pronto. A ello, los que no estamos resignados á morir de hambre, de asco, ó de vergüenza.

Una señora (no católica, claro es) ha donado 50.000 duros para una de las bibliotecas populares de Nueva York.

Un caballero, Lipton (no católico, por supuesto) ha donado de primera intención 50.000 libras esterlinas, ó sea 250.000 duros, para uno de los muchos comedores económicos que en Inglaterra existen, ofreciendo entregar más cantidades según vayan estableciéndose otros comedores de la misma índole.

Aquí, toda señora ó todo caballero que al morir deja algo, se lo deja á los frailes ó á los curas.

Así están Inglaterra y los Estados Unidos de civilizados y prósperos, y España de salvaje y pobre.

Donde el catolicismo lo acapara todo, el pueblo se embrutece y perece.

## LA SANTA MISIÓN

«Los misioneros! Los misioneros! ¡Ya llegan; ya están en el pueblo; vienen á convertirlo, á santificarlo, á transformarlo!

Acabáronse las riñas y los odios; terminaron para siempre las disensiones termi-

moniales; no quedará ni rastro de la usura; borrarás hasta la menor huella de pecados contra la castidad. ¡Qué beneficio tan grande para un pueblo!

Seguramente que los misioneros llegarán vestidos con un saco, ceñidos con una cuerda, descalzos de pie y pierna, y no comerán más que raíces, ni beberán más que agua, ni hablarán más que de Dios.

¡Qué sensación hará el ver unos hombres desprendidos de todo lo creado, permanentes en la tierra como por casualidad, pero con sus pensamientos y afectos en el cielo!»

Pues resulta que los misioneros son unos señores muy bien mantenidos y colorados, vestidos con todo el *confort* posible, con su abrigo por si se levanta un poco de aire frío y su sotana ligera por si acaso hace calor. Comen todo lo que se les da, prefiriendo la carne á los pescados, los pescados á las legumbres, y éstas á las hierbas. Duermen en buenas camas, y aun dicen los que los han alojado, que suelen roncar de un modo ruidoso y esplendente.

Son la alegría de todos los que los tratan por su carácter alegre y bullanguero. ¡No son cuantos, chascarrillos y anécdotas los que ellos se traen! Cuando de sobremesa toman la palabra, las carcajadas se oyen en una legua á la redonda. Aún con la risa del último cuento verdecillo, empuñan el crucifijo para amedrentar al pueblo con el recuerdo de las terribles verdades eternas.

La verdad es que sacan grandes frutos de sus apostólicos trabajos.

Tienen mucha prudencia. Pero si ellos se empuñan en que los aficionados más de lo regular al mosto dejaran de beber, los amantes de Venus dejaran de amar *criminalmente*, los apasionados por lo ajeno dejaran de robar ó prestar al ochenta por ciento, las mujeres guardaran fidelidad absoluta á sus maridos y los maridos á las mujeres, los devotos y devotas no murmuraran más, y todos empezaran á vivir como manda la ley cristiana, su fracaso sería terrible; veríase que nadie les hacía caso y las misiones caerían en desuso.

No, no se trate de que nadie cambie nada de sus costumbres ó de sus vicios.

Salga una procesión de niños y niñas llevando muchas banderitas de papel de color... ¡Qué espectáculo tan bonito! ¡Cuánto colorín!

Vengan cánticos acordados en que sobresalga la voz de becerro de algún padre.

«¡Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal; amparadme y guíadme á la patria celestial!»

Roncos vuelven á sus casas los chicos y el padre misionero. ¡Lo que ellos han gritado! ¡Qué hermosura! ¡Qué fruto tan sazonado de la misión!

Es necesario también que la iglesia se llene de bote en bote de mujeres. De los hombres hace ya mucho tiempo que han prescindido los eclesiásticos: están todos destinados al infierno.

Una vez repleta de mujeres la iglesia, sube al púlpito un padre de voz estentórea que causa espanto y amedrenta sólo con su acento.

«¡Hoy vengo á hablaros de un monstruo horrible! ¡Tiene patas de dragón! ¡Alas de murciélago! ¡Sus ojos son dos carbones encendidos! ¡Su lengua la quinta esencia del veneno! ¡Y ¡dónde está ese monstruo! ¡Tú lo tienes, mujer mundana! ¡Tú lo tienes, joven libertina, porque este monstruo es el pecado!»

Las viejas rompen á llorar, jóyense suspiros por todas partes! ¡Ah, Jesús mío amorosísimo! ¡Ah, madre mía de la Cinta! ¡Ah, Roque de mi alma!

El sermón ha surtido efecto maravilloso.

El misionero se acuesta aquella noche diciendo: «Verdaderamente Dios me ha concedido el don de la elocuencia.»

Llega el día solemne de la comunión general, y como las misiones se clasifican y dividen en buenas, medianas y malas, según el número de comuniones, los padres quieren y buscan á todo trance que éstas se cuenten por miles, si puede ser.

Y vaya si puede ser. Los misioneros tienen manga muy ancha para la confesión. No preguntan nada. Se contentan con lo que se les dice y hasta parece que se quedan más contentos cuando el penitente ó *penitente* no dice nada y acaba pronto.

Que haya muchos que se confiesen es lo que importa; y si tardan poco, mejor. El tiempo es oro hasta en las misiones.

El día de la comunión general es necesario que salgan tres ó cuatro sacerdotes al altar para repartir las hostias.

Casi todo el pueblo ha comulgado; todo el pueblo se ha convertido. ¡Vivan los misioneros!

¡Menuda paliza se llevan aquel día las mujeres que tardan una hora más en servir la comida á sus maridos!

¡Qué diálogos tan tiernos sostienen aquella misma noche las casadas con sus amigos íntimos!

¡Qué intenciones hacen los novios al hablar por la reja con sus novias!

¡Con qué fruición don Mamerto, el usurero, que comulgó por la mañana, hace firmar el pagaré al infeliz que cae entre sus garras!

Pero todos, usureros, lujuriosos, ladrones, adúlteros, amancebados é hipócritas, salen al día siguiente al camino de la estación, precedidos por los chicos de las escuelas con sus banderitas, y gritando á más y mejor:

«¡Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal; amparadme y guíadme á la patria celestial!»

El cura, cuando ya se queda solo con su ama, dice á ésta:—A ver si por lo menos

durante tres ó cuatro días echa algo esta gente en el cepillo de las ánimas.

A lo que contesta ella:—¡Cómo no echen!

A lo lejos se oye el rumor:

¡Y guíadme á la patria celestial!

GIL BLAS DE SANTALLANA

Los trabajadores de las tahonas reclaman no sé qué cosas más sobre las que ya les han concedido.

Están en su derecho; cada uno puede estimar su trabajo en lo que guste.

Pero vamos á cuentas.

El mirar tanto por sí exige acaso del deber de impedir que los dueños de las tahonas roben á los demás obreros?

Si se hubieran declarado en huelga una vez siquiera por oponerse á fabricar panecillos faltos de peso, tendrían en favor suyo al público, y habrían demostrado que, no sólo el interés propio, sino el espíritu de justicia inspiraba todas sus acciones.

Pero esto de quejarse de que los dueños les roben, y ayudar á que los dueños roben á su clientela, esto no es para ganarse las simpatías de la opinión.

## SERMONES PARA HOMBRES SOLOS

Bajo sobre he recibido invitación para asistir á estos sermones, y el martes fuí á San Agustín, resultándome día aciago, pues salí de aquel templo con el corazón en un puño, la tristeza en el ánimo, la cabeza atollonada y sin haber podido comprender á qué venían tantas amenazas y tantas conminaciones.

El R. Padre no se ocupó más que de la muerte, como se hizo el año pasado. Y esto de querer que se imponga el terror al convencimiento, no me parece lo más oportuno para corregir las costumbres.

Desde luego, tampoco creo de necesidad lo de hombres solos y mujeres solas. En las demás iglesias se habla para todos y ante todos, sin que por eso las palabras pronunciadas desde la sagrada cátedra sean ni menos oídas ni menos eficaces.

Un señor declame la otra tarde:—¡Mire usted que no poder ir yo á donde van mi esposa y mis hijas!

—Eso depende de temperamentos,—le respondí.—Si yo tuviera esposas ó hijas, le aseguro que no irían á donde á mí se me prohibiese la entrada.

Pero volvamos al principal asunto de estos apuntes.

El R. Padre nos dijo que todos teníamos que morir, los unos por larga enfermedad, los otros con menos larga, los otros de repente. Y esto, no puede ignorarlo nadie.

Bailes, teatros, reuniones, etc. etc., debían relegarse al olvido, para tener una buena muerte; que nuestras visitas debían ser á los sermones y á los cementerios, en una palabra: que debíamos renunciar á todo lo mundano para concretarnos á la meditación y proporcionarnos así una buena muerte.

Atacó sobre todo la ambición á las riquezas. Y éste hubiera sido un excelente consejo, puesto que combatía una verdadera pasión, si el ejemplo jesuítico no diese pruebas en contrario, proporcionándose inmensas riquezas de las que todos tenemos noticias.

Cuando terminó esta plática, sermón ó ejercicio espiritual, se entonó un coro por la gran mayoría de los asistentes, resultando muy nutrido de voces y muy afinado.

Luego el R. Padre los alentó para cantar otro á la Virgen, llevando él la dirección, y como ensayo, resultó con algunas desafinaciones, siendo la mayor de ellas el que semejantes actos quitan el elevado carácter que deben tener entre hombres serios los grandes principios de nuestra sacrosanta religión, reducidos á cánticos escolares.

Eso no es convencer, es suggestion. Y cuando la suggestion existe, lo que se obedece no es ya el cumplimiento de las sagradas máximas evangélicas, sino la voluntad del orador sagrado que, como hombre, lo mismo puede ser inspirada hoy por un sentimiento de piedad, que mañana por un fin político; lo mismo puede servir hoy para purificar almas, que mañana para atraerse voluntades; lo mismo puede servir hoy para llevarnos al altar, que mañana para conducirnos á la Inquisición.

Y ahora que caigo. Al repetir lo que he oído tratar en un sermón para hombres solos, he hecho, sin querer, que también lo conozcan mis lectoras. Quizás no haya hecho bien. Pero también algunas de las mismas me han referido lo que les dicen en las conferencias á ellas dedicadas, y váyase lo uno por lo otro.

José CARLOS BRUNA

3 Abril.

El artículo anteriormente copiado tendría poco relieve, si llevase mi firma al pie. Llevando la que lleva, de un escritor moderado y hasta católico, y habiéndose publicado en un periódico tan templado como «La Unión Mercantil» de Málaga, cuyos propietarios educan á sus hijos en colegios de jesuitas, el relieve que tiene es grandísimo.

Porque prueba que hasta los católicos templados comienzan ya á ver claro y á escandalizarse de tanta farsa, tanta brutalidad, tanta socialina y tanto afán de dominación.

Con tal motivo, repetí lo que tantas veces prefiero monárquicos así, que se atrevan á condenar los excesos del clericalismo, á republicanos que le hacen el caldo gordo, y a ponéndose de su parte, ya echándole encima el manto protector de su silencio.

Diez señoras de Cádiz han dirigido una carta muy cariñosa al Vicario apostólico de Gibraltar, dándole un millón de gracias por haberles proporcionado al jesuita José de Mendía, «cuyo celo y exhortaciones, dicen, nos han *edificado*, y de las cuales siempre conservaremos gratísimos recuerdos.»



Ayuntamiento de Madrid